

CIERTOS CHICOS



colección andanzas

ALBERTO FUGUET
CIERTOS CHICOS

TUSQUETS
EDITORES

1ª edición: mayo de 2024

© 2024, Fundación Alberto Fuguet

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Imagen de portada: © María Jesús Contreras
Reservados todos los derechos de esta edición para
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile
ISBN: 978-956-9961-99-1
RPI: 2024-A-2895
Impresión y encuadernación: CyC Impresores Ltda.
Impreso en Chile

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

*A esos ciertos chicos que combatieron
a la represión con afectos
y que resistieron a la resistencia*

*We are all going forward.
None of us are going back.*

RICHARD SIKEN, *Crush*

Samantha Mathis:

It's OK, you don't have to talk. You don't have to say anything and you don't have to do anything. Unless you want to.

Christian Slater:

You are so different. You are so fearless. I wish I could be like you.

Samantha Mathis:

You are.

Christian Slater:

I wish I could say things to you.

Samantha Mathis:

You do.

Christian Slater:

Everything's so strange. Maybe we're just crazy.

Samantha Mathis:

So be it.

Pump Up the Volume (Suban el volumen)
escrita y dirigida por Allan Moyle, 1990

LADO A

Un chico y su cuarto

Tomás abre los ojos en medio de la oscuridad de su pieza, sube el volumen de la radio y aspira una colilla de marihuana que le robó a Aníbal, su hermano mayor. Tomás lo detesta y le teme, pero sabe que Aníbal, con sus bíceps y poleras apretadas color pastel, consigue la mejor hierba con sus amigotes de la joven camada asesina de la CNI. Las ondas de la radio Eclipse ingresan al cuarto y el pop inglés encuentra un lugar que lo acoge. La luz azulina del cigarro se refleja en el espejo de cuerpo entero que está frente a su cama de una plaza. De inmediato, se siente más suelto, más libre. Empieza su modo conexión-con-el-mundo con aquello que le gusta y no conoce y le atrae. Hay tanto mundo allá afuera, piensa. Tantas revistas, películas, discos, libros, ciudades, chicos.

Le gusta cómo el humo de la marihuana lo obliga a explorar las partes secretas de sí mismo.

Tomás está desnudo y semierecto, sentado en posición de loto. Sus piernas le parecen demasiado peludas, pero igual le gustan, las siente firmes, musculosas. La escena se ve linda. Es como si estuviera posando para una cámara. Le seduce la poca luz. Parece moderna, como una polaroid o la carátula de un disco de chicos debutantes que no tienen nada que perder.

A veces la vida puede ser como uno quiere que sea, así debería ser siempre.

La banda sonora de un joven despierto es clave, piensa.

El primer video de un grupo establece la estética futura y nunca podrá borrarse.

Es diciembre, hace calor, no corre brisa ni de noche.

El silencio en el barrio es sospechoso. Es la quietud enervante del toque de queda, cuando en apariencia todo se detiene excepto las fuerzas del mal, que recorren las calles como cocodrilos arrastrándose por los pantanos humeantes en noches de luna llena, al igual que esta dominical de fines de diciembre. En la parte de atrás de la casa, una doble puerta da hacia un inmenso parrón y un patio de media cuadra de profundidad plagado de árboles frutales (caquis caen al suelo estallando como suicidas). Calle Rómulo Peña casi esquina Gaspar Banda, El Llano Subercaseaux, donde comienza el sur.

Su cuarto, lleno de recortes y afiches, monos de peluche y juguetes que ha sido incapaz de donar, está caldeado y huele intensamente a Tomás Mena. A su esencia profunda: a tronco expulsado por el mar que ha pasado demasiado tiempo al sol, a yerba mate seca, a limón de Pica recién exprimido, a canela molida y, más abajo, a harina tostada. El cubrecama de verano (rayado, de algodón ligero), las sábanas celestes húmedas, los pies sucios. En el piso de madera recién encerado, los shorts de jeans cortados con tijeras, los calcetines de algodón deportivos transpirados, y los calzoncillos manchados expanden el aroma a chico en celo constante.

Ahora está erecto, duro.

Tomás, de dieciocho años (cumplidos en septiembre, virgo), entrará a la universidad en marzo. Ya pasó la Navidad, es casi 1986. Pasará el Año Nuevo, cree, una vez más, como dicta la rutina y la costumbre, junto con sus padres y su hermano repelente, su abuela intensa con sus batas-vestidos floreados ligeros y sin mangas, más esa cierta parentela facha ligada a los rangos bajos del mundo militar actualmente en el poder. El guion lo conoce al dedillo: papas duquesas, pollo frío con ciruelas y manzanas (una receta del programa de TVN *Cocinando con Mónica*), bavarois de lúcuma con leche Ideal. Sorberán champagne moscato, comerán uvas del mismo parrón y tragarán cucharadas de ensalada de lentejas con cebolla en cuadrillos y huevo duro molido. Todo mientras escuchan la canción nacional, que se escapará desde el televisor del living a través de los ventanales abiertos hasta el generoso patio trasero de la casona trizada por el terremoto de marzo pasado.

Luego de unas lágrimas derramadas por la madre, que todo lo ha aprendido de las telenovelas, folletines y series americanas, comenzará la puta música tipo Cubanacán que Tomás detesta y no sabe cómo bailar. La visión de su abuela y su madre algo prendidas contoneándose al son de Giolito y su Combo lo altera, deprime y asusta, pues la idea de brindar por un nuevo ciclo le parecía un rito hermoso, pero ahora la tradición le huele a crucigrama rayado y a ideas impuestas por Cema Chile a través del bombardeo mediático.

Hasta hace poco, Tomás se disfrazaba en medio del calor con chalecos verdes-y-rojos estampados de venados y monos-de-nieve y llenaba los botines de felpa falsa comprados en Meiggs con bastones de anís importados. De un tiempo a esta parte, eso sí, todo lo que le parece semejante al ideal de familia que muestra la televisión le causa odio. Algo pasó, algo interno definitivamente cedió. Antes no sentía ira, antes no estaba alerta ni paranoico. Pero, después de que rindió la Prueba de Aptitud, además, está más caliente. Tomás siente que su familia, que este país, que este gobierno, que esta moral que oculta y reprime, no da para más. Todas esas tías perras, esos primos desechables del norte, lo repelen. Su misma abuela, que veneraba y era su cómplice, ahora a veces lo aterra con sus comentarios. Toda esa parentela facha que admira al ejército (siempre vencedor, jamás vencido) ahora le provoca una profunda vergüenza que lo deja paralizado y rendido.

No hay nada que hacer: su familia, su mundillo, ese círculo vicioso y viscoso, ese orgullo de ser de clase media, ya no le sirve, no lo libera; solo lo invade y lo aprieta. Tomás siente que tiene clase de sobra y que no es para nada del medio. Nadie lo puede definir, es mucho más que un concepto sociológico que ya no mide nada. Su hermano es de «clase media», pero él es de otra clase y nunca le servirá estar al medio de nada. Antes no le importaba mucho lo que sucedía allá afuera, pero ahora siente que sí: hay una dictadura que lo oprime, lo castra. Marchar los lunes, cantar el himno nacional completo, la violencia de la camaradería escolar. Perro come a perro. No deliberar, no escuchar, no debatir. Saber cumplir órdenes es ser masculino, repetía Aníbal. Los hombres deben

cumplir órdenes, sino no son hombres, insistía su hermano mayor diciendo consignas aprendidas en sus paseos nocturnos de la cofradía de los que portaban salvoconductos en los bolsillos de sus apretados pantalones.

Tomás odia todo eso: no lo deja ser y, aunque no lo persigue, no se siente seguro. Se siente vigilado. Había ojos, sapos, cómplices, gente que copучea, que opina, calhuinea, inventa, cuentea, delata. Aunque también reconoce que lo viril le atrae. A veces sueña con ser de una familia del barrio alto: disfuncional, quebrada, donde nadie se habla y a nadie le importa nada excepto cuando se juntan para los funerales, impecablemente vestidos, austeros, sobrios, estilosos.

La vida tiene que ser mejor, debe ser mejor que «esto».

Tomás está consumido por ser quien es, no vivir más en tono menor. No es que desee ser otro, no. Quiere ser el que sabe que es y vivir a mil, tener una vida menos predecible. Pero no puede seguir así: viviendo a medias, mirando de lejos, escuchando la fiesta de otros. Puede ser más. Debe llegar a su potencial, no quedarse ahí, vivir a full. Necesita experimentar y tiene claro que no le basta vivir creativamente en su cabeza, sino que necesita piel, conexión, juego.

Se ha vuelto un experto en esconderse, en tapar lo que siente; ha aprendido a encubrirse, mentir, inventar cómplices guapos como amigos inexistentes, juntarse con chicas asustadas a las que convierte en casinovias para resguardar la integridad de su familia. De alguna manera, el colegio se lo exigió. Puros hombres encerrados, compitiendo, olfateando al más débil, haciendo la camotera al que osaba ser distinto. Ha sido un estudiante ejemplar, un chico bueno, pero ese disfraz ya no le queda. No sabe todo, pero sí sabe pasar piola, invisibilizarse. Es un experto en el sutil arte de la fuga. A veces siente que no cambiaría nada de sí mismo y otras veces quiere ser como Aníbal. Pero no, no. Ya no: es hora de aprovechar el mundo, aunque esté bajo dictadura. No podía esperar la historia, sino que debía hacerse cargo de la suya. Es un chico complicado, enredado, siente envidia de los otros, los supuestamente normales, que le parecen cada vez más extraños e incomprensibles, además de aburridos, obvios, fomes. Tam-

poco le gustaría, como ocurre en esas comedias de cambio de cuerpo, transformarse en algunos de sus aterradores y predecibles compañeros del Instituto Nacional a quienes, por suerte, nunca más volverá a ver.

Lo que Tomás necesita —lo que lo calienta, por eso está como piedra— es ser quien realmente es. Florecer, salir de su capullo, estallar. Vienen tiempos mejores, cree, aunque la verdad es que también intuye que llegarán tiempos peores. Aun así: Tomás quiere apostar por sí mismo. Ser joven es creer en todo y en todos, pero también es ser egoísta y confiar en uno mismo. La vida es demasiado corta para solamente vegetar, para no hacer lo que uno quiere ni ser quien sabe que es. Entre arriesgarse a vivir peligrosa e intensamente y quedarse aburrido en su pequeño cuarto, no hay por dónde perderse.

Está dispuesto a correr el riesgo.

Me debo salvar, se dice, mientras se baja el prepucio humedecido.

Quiero ser parte de algo mayor e inmenso (¿una hermandad cósmica?), piensa; florecer en un sitio fresco donde pueda sentirme a mis anchas y cómodo, no observado ni menos criticado. Quiere —además— un amigo: un cierto chico con quien pueda reírse, caminar, compartir el universo, contárselo todo, que termine cada una de sus frases, que se rían sin parar.

Neón lo dijo hace un rato en la Eclipse: «No siempre tu casa es tu casa, no siempre ahí te acogen; esta casa que flota en el éter, mientras no la cierren, es la guarida, el espacio seguro con buhardilla de todos ustedes, mis chicas y mis chicos perdidos».

La voz de Neón calma a Tomás, le gusta cómo le habla, lo erotiza, incluso.

«Durante la última semana del 85, todo puede pasar. Todo. Así es: excéntricos auditores insomnes, todo debe pasar, ¿no creen? Estamos solo yo y Lucas con sus ojos de zombi esta noche de toque. Nuestros mecenas y aliados en esta causa guerrillera patriótica del pop están concentrados en las Termas del Flaco, complotando ideas para lo que viene. Estamos los dos y, claro, ustedes. Ustedes, sí, que nos sintonizan, que nos buscan entre los poderosos del dial. Ustedes: la minoría

silenciosa que nos escucha atenta. Somos casi piratas, independientes, afuera del sistema y la norma. Como todos ustedes, ¿no? De lo contrario estarían sintonizando la Concierto, la Galaxia, la Carolina o la puta Infinita. ¿Qué es el infinito? Yo sé que hay música en otras radios, pero solo nosotros, los piratas, decimos la verdad y tocamos lo que nos gusta. Abrir los oídos. Todos estamos bajo el peso de esta noche. El amor, dicen, nos puede destrozarnos. It will tear us apart, pero el pop es el pegamento que nos va a permitir unir todo lo que ha sido dañado», improvisa Neón, el irónico y misterioso locutor y conductor-estrella-nocturno, frente al micrófono.

Entonces, se emiten una seguidilla de temas emotivos.

«Acá, desde el control descontrolado, sin camisas, transpirados, con piscolas, los apañamos, cómplices atentos. Para que se toquen o lloren o piensen en esa persona en que no deberían pensar. Como estamos en confianza, melómanos onanistas, chicos viriles con sentimientos líquidos y viscosos, chicas con el corazón partido y afiches pegoteados en sus piezas caldeadas, les confidencio que estos próximos cuarenta minutos que armó nuestro Lucas, este chico guapo y travieso que me mira atento desde el otro lado del vidrio, son para otro tipo de rebeldía. Para aquellos que saben que los verdaderos subversivos son aquellos que son capaces de conectar, de ser sensibles. Eso nos diferencia de los que nos consideran enemigos. Así que prepárense para grabar o cierren los ojos. Fumen lo que quieran. Pueden sumergirse en la tranquilidad de sus tinas o, quizás, tumbados, con un poco de crema Nivea, en sus sudorosas camas, pueden abrirse y dejar que la música ingrese hasta que los deje con los ojos blancos. Acá, en el fin del mundo, cuando hay toque, todos se pueden tocar con estos temas de fondo».

Entonces algo sucede, algo estremecedor y vital.

La canción que se vuelve, de inmediato, un himno.

Un tema pop aparece —suena, se esparce por todo el valle aplastado por las botas militares— a través de las débiles ondas de la Eclipse, una emisora que se vuelve más potente cuando hay menos interferencia en el aire nocturno (que es

cuando casi todas las radios se despiden y cierran sus transmisiones). «En toque de queda sonamos más fuerte», insiste Neón.

«Nadie en Dinacos sabe inglés o tiene buen gusto».

Tomás toma su miniradio que parece *walkie-talkie*, una Sanyo RP 5050 que cabe en su mano. Sube el volumen. Pien­sa: el minicomponente IRT lo tiene Aníbal que, de un tiempo a esta parte, anda grabando los discursos de Pinochet y los comentarios y programas políticos de la radio Agricultura.

El tal Lucas, desde el control «capitalino» de la calle Praga, donde la comuna de Providencia se funde imperceptiblemente con la de Ñuñoa, sintoniza una canción que remece a Tomás Mena. Luego duda si seguir fumando, pasar el Año Nuevo solo en Valparaíso o masturbarse pensando en algún actor de cine de moda, como el chico de *Gremlins* o el mayor de *Los Goonies*.

Se acerca al espejo y besa con la lengua el vidrio mientras escucha el tema. Es tarde, demasiado tarde, sobre todo en época de toque de queda semanal que ahora dura «solo cuatro horas», de domingo a jueves, pero es la manera que tiene el gobierno de dejar claro quién manda y subrayar eso de «nada de andar usando la noche para cualquier cosa». Pero, como dice Neón con su voz áspera que evoca licor, cigarrillos, pitos y trasnoches, «la mano puede ser dura y es posible controlar casi todo menos lo que uno siente, ¿no es cierto, chicos? El pop unido jamás será vencido». Así es, reflexiona Tomás. No se puede dominar lo que siente un chico de dieciocho años desnudo y sudado dándose su primer beso con lengua a sí mismo en medio de la oscuridad y el silencio absoluto de la ciudad donde lo único que suena afuera, como un latido del corazón, son las cajas que controlan los semáforos.

Tomás Mena, en ese sentido, es indomable.

La canción, que empieza lento, repite como un mantra: «When you look at boys».

When. You. Look. At. Boys.

Se mira.

Eso lo entiende Tomás.

Eso es lo que está haciendo: mirándose.

Se gusta.

La saliva chorrea y baja por el vidrio pulido, igual que ese líquido pegote que parece baba de caracol levemente dulce (mucha papaya con crema, mermelada de alcayota, dulce de membrillo hecho en casa en moldes en forma de pescados, dulces que trajeron de La Ligua, leche batida con nísperos del jardín trasero, helados de chirimoya con cáscara de naranja confitada, manjar con nuez) que a veces se pasa por los labios como brillo transparente. Mira sus ojos verdes, su cara alargada, su pelo algo crespo y castaño claro que huele a hinojo por ese champú nuevo que compró su madre. Mira y se toca las axilas frondosas, salpicadas de gotitas de transpiración.

Sonríe: no está nada mal.

Perfectamente podría posar para *Visado* o *MENsual*. De inmediato piensa en las fotos que se tomó, en los dibujos que le envió a ese chico desconocido en Sevilla. Sí: era un posible modelo para esas revistas. Pero era mucho más también. Tomás tiene la mirada traviesa, la mata espesa de vello púbico, no está circuncidado. Posee, cree, la inocencia justa, el cuerpo esbelto que nunca ha ido a un gimnasio, los dientes casi perfectos que no han sido amoldados por frenillos. Es virgen, pero no del todo inocente. Cree que está listo para la calle, para la ciudad, para barrios nuevos, para países lejanos donde la vida se vive de otro modo.

¿Cómo encontrar la letra de una canción que ni sabe de quién es?

Tomás Mena absorbe un rato la melancólica, íntima y ambigua canción. Siente la letra, entra por su cuerpo, lo mismo que esa voz triste de abandono, de chico dubitativo. Tomás no la entiende del todo, pero la melodía sin duda lo penetra. No conoce la canción ni menos el grupo: nunca lo ha visto mencionado en las revistas que lee, pero, claro, todo lo que se lee no se puede escuchar.

¿Quiénes son?

Tomás se angustia, intenta grabarla, pero ya es muy tarde, demasiado tarde, y siente que ahora, en este instante, está enamorado, aunque no sabe de quién. De sí mismo, quizás.

The Lotus Eaters, que nunca habían escuchado hablar de Chile o de Santiago o de Pinochet, suenan e invaden decenas

de casas y se cuelan en los oídos de adolescentes que se niegan a ser los hijos del régimen. «When You Look at Boys» se escucha entonces por toda la ciudad, por todos los barrios. No se puede censurar, controlar. Se percibe en los cités de Santa Isabel y en las mansiones del cerro San Luis, en los altillos de las casas de Vivaceta y en los departamentos de la Villa Olímpica, pasando por las casitas de Colón 9000. El tema, romántico, triste, lleno de anhelo, masculino y a la vez suave, se escapa por las ventanas de los chalets de El Bosque y de los blocks de Cerrillos, se cuelan por las villas con nombres de próceres en Maipú y por los condominios cerrados con rejas de La Florida, para envolver las casas rodeadas de militares armados de la población La Pincoya hasta sumergirse en las DFL 2 de la parte baja de La Reina, donde nunca parece que pasara mucho.

Tomás se duerme mientras escucha como Neón lee una traducción porteña de *Diario de un ladrón*. Cuando despierta unas horas más tarde, sigue oscuro. No ha descansado suficiente, su mente no se ha apagado, sigue duro. La canción seguía sonando dentro suyo. Debía conocer el tema, necesitaba volver a escucharlo atento. ¿Podía ser un himno, uno de los top tres de su banda sonora? Debía saberlo. Le parecía clave que la canción ingresara nuevamente a su torrente sanguíneo. El tema que sonó en la Eclipse hacia las 12:45 a. m. debía volcarse en su memoria. A la memoria se accede, es un acto de voluntad. Pero aún es joven. La meta vital de Tomás es tener la mayor cantidad de experiencias posible, tanto tangibles como virtuales. Por ahí lo había leído o subrayado: uno es lo que escucha, ve, lee, conversa, ama. Era de esos chicos especiales y libres que querían una vida mejor que la de su familia, una vida más intensa, más arriesgada, menos predecible, distinta.

El país quizás estaba tocando fondo, pero él recién empezaba.